





Maribel Félix Medina

*El aroma
de la
hierbabuena*

Platero
COOLBOOKS 

Título: El aroma de la hierbabuena

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Maribel Félix Medina.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2259-2025

ISBN: 979-13-87720-39-1

A mi familia siempre.

A ti, querido amigo Jesús Manuel Martínez Montoro, por la lectura y por tantas palabras compartidas que, gracias a Dios, no se han quedado en el tintero del olvido.

A mi querido primo Antonio Fernández Félix, que me enseñó a amar la música, en especial la de aquellas bandas de rock. Aún recuerdo la primera vez que oí a Supertramp de su mano.



Índice

Nota de la autora.....	9
Capítulo I.....	13
Capítulo II	27
Capítulo III	33
Capítulo IV	39
Capítulo V	45
Capítulo VI.....	49
Capítulo VII	57
Capítulo VIII.....	61
Capítulo IX	65
Capítulo X.....	69
Capítulo XI.....	77
Capítulo XII.....	83
Capítulo XIII.....	91
Capítulo XIV	97
Capítulo XV	103
Capítulo XVI.....	107
Capítulo XVII.....	111
Capítulo XVIII.....	113
Capítulo XIX.....	119

Capítulo XX.....	123
Capítulo XXI	127
Capítulo XXII.....	133
Capítulo XXIII	137
Capítulo XXIV	143
Capítulo XXV.....	145
Capítulo XXVI.....	149
Capítulo XXVII.....	153
Capítulo XXVIII.....	155

Nota de la autora

Cuando escribí por primera vez, hace ya más de cuarenta años, tuve una sensación increíble en mi mente. Una idea de lo que podía ser la felicidad me invadió y se convirtió en una auténtica fe. Pero, a la vez, también sentía miedo; yo creo que era por la inmensa adoración que sentía por la literatura.

Queridos lectores, hoy os presento una historia que concebí hace ya muchos años, pero que, a causa de haber escrito entre medias otros libros, en este caso de poesías, no había concluido hasta hace muy poco.

Es la segunda novela que escribo, pero la primera en publicarse, y, sobre todo, lo que he querido contar es el reflejo de un mundo de ilusión que, por diversos motivos, no encuentra su cauce, de ahí el título, ya que ese aroma de nuevos comienzos es lo que me ha llevado durante estos largos años, no solo a mí, sino también, por supuesto, a las distintas protagonistas de la historia.

Hay mucho de mí en ella, de mi historia, de mi vida, de aquella vida que con tanta ilusión empecé antes que las tormentas de la vida me fueran rasgando la piel y el destino.

Y aquí os la presento, la dejo ir al viento, a vosotros, como el que se asoma al acantilado sin saber si tendrá alas para remontar el vuelo o se dejará caer, invariable, hacia las olas de la vida.

Con todo mi afecto, para vosotros, queridos lectores.

7 de septiembre del 2025



*Seguramente es mucho más generoso perdonar
y recordar, que perdonar y olvidar.*
—Mary Edgeworth

A veces para huir se necesita mucho valor.
—Mary Edgeworth



Capítulo I

Era muy cuidadosa con todas sus cosas —siempre lo había sido— y todavía no podía imaginarse cómo había podido sucederle algo así.

Durante unos instantes, Alondra se quedó sentada en el penúltimo escalón de las escaleras bajas del instituto, las que daban justo a la calle, y dejó caer, con algo de cuidado, la mochila. El agua de su botella se había abierto por algún lado y algunos de sus libros estaban mojados por los bordes inferiores. Los demás chicos salieron por la puerta principal, a trompicones algunos, y más serenos otros, dejando, estos últimos, un espacio prudente entre la chica y sus pies. Después de colocar nuevamente los libros y de tirar la botella a la papelera, se levantó y caminó hacia la puerta principal, la gran puerta de barrotes rojos que separaba el interior del exterior.

Hacía más de dos semanas que había empezado el instituto, y a Alondra sus estudios le importaban muchísimo. Siempre había sido así, desde pequeña, desde que tenía uso de razón, por eso, cuando su madre meses atrás le dijera que, aunque los estudios eran importantes, no lo eran todo en la vida, que algún día tendría que salir a la calle y divertirse con sus amigas, la niña se quedó paralizada, como si los pies se le hubieran hundido en la tierra y no pudiera doblégarlos a su antojo.

Sí, porque ella, a pesar de su inocencia o precisamente

por ella, intuía que amigas, lo que se dice amigas, no tenía muchas; vamos, que no era la chica más popular del instituto, al contrario, ayer se había paseado por delante de sus antiguas compañeras de clase y no la habían mirado ni a la cara.

Y lo cierto es que la niña, poco a poco, quería ir venciendo todos esos fantasmas y se hallaba dispuesta a iniciar una nueva vida, un punto y aparte en esa larga existencia que, en ese momento, llegaba a los trece años de duración.

Salió del recinto y le dijo adiós a su compañero de pupitre, que en ese momento cruzaba la calle.

Estábamos en un septiembre que todavía seguía siendo demasiado caluroso y ella tenía unas ganas enormes de que comenzara a llover y a refrescar. Los ojos le picaban y la sudadera empezó a pesarle, hasta el punto en que llegó a pensar que lo mejor era quitársela, y a punto estuvo de hacerlo si no hubiera visto en la esquina un grupo de chicos que la estaban mirando fijamente. En ese momento Alondra cruzó, lo más rápido que pudo, a la acera contraria. Después levantó la mirada y, a lo lejos, vio la figura inconfundible de su madre y tras un largo suspiro corrió hacia ella.

Su cara fue cambiando mientras se iba acercando y, durante unos instantes, fantaseó acerca de lo que haría el fin de semana. Dos días y ya está, unos cuantos ejercicios de matemáticas, seguro que algún texto con inevitables preguntas, la sorpresa de la semana a cargo de la profesora de música, dos largas carreras alrededor del instituto y poco más para terminar la que era su tercera semana del nuevo y prometedor curso. Veríamos.

Eran las tres menos veinticinco cuando llegaron a casa. Un apetitoso olor salía de la cocina; Alondra se acercó, la comida ya estaba en la mesa, los platos incluso estaban servidos. El humo de la sopa se elevaba dibujando en el aire caracolas muy curiosas y la madre estaba moviendo la fuente mientras contemplaba, a través de la sucia ventana, los

pájaros que se habían posado en los barrotes de la verja. Su mente vagaba abstraída, a través de las sombras oscuras que cruzaban solitarias por la conciencia de su pensamiento, en campos llenos de luz y de color, de un color dorado que siempre, instantáneamente, relacionaba con los primeros años de su infancia; aquella infancia que le parece lejana, pero a la que regresa cada vez con una determinación platónica, quizá melancólica. Luego coloca el plato con los garbanzos en medio de la mesa y espanta con la mano a una mosca pesada que hace rato sobrevuela por encima de su cabeza, esperando zambullirse en alguno de los platos.

—Mañana tenemos consulta con el médico —le dijo Estela a su hija—, comeremos rápido, la cita la he cogido a las cuatro y media.

Alondra asintió y comió sin vacilación, mientras su madre contemplaba el compás que tan bien orquestado tenía su mano.

No era posible saber en esta comida familiar lo que cada miembro que participaba en ella sabía o quería saber del otro. Era posible que Alondra solo estuviera pensando en comer, tal vez su madre creyese que la pequeña sonrisa que se dibujaba en su cara era un vendaje lo suficientemente resistente para los vendavales que se avecinaban: el hombre apenas dejaba traslucir una sensación de inestabilidad o de falta de preocupación mientras analizaba, simpáticamente, las alas mojadas de la mosca. Tal vez fuera eso, el paso inconsistente de los segundos...

—No comprendo la actitud parsimoniosa de la profesora de ciencias. Apenas se cuida de nosotros —dijo Alondra—. Ayer debería haber expulsado a Miguel, quien, a pesar de las advertencias, no tuvo ningún reparo en desobedecerla en un asunto muy serio. La cosa es...

—Ya sabes, Alondra —dijo su madre—, que a él no le gusta que hablemos durante la comida.

—Sí, ya sé que a tu querido... no le importa lo que

puedan aportar a su vida las estúpidas historias que pueda contarle tu hija acerca del instituto u otro lugar.

La sonora bofetada fue determinante para que una de las moscas, que con tanto fervor volaba alrededor de la mesa, se marchara rápidamente hacia otro lugar más tranquilo de la casa.

—Hoy te ha salido muy bueno el cocido, mamá —susurró Alondra casi imperceptiblemente al oído de su madre, quien hacía pequeños ruidos con la cuchara, tal vez para romper esa monotonía cobarde y austera que había vuelto a aparecer tras la bofetada innecesaria de Ramón.

Después de que la madre repartiera la carne y sacara un plato con fruta del frigorífico, la chica pidió permiso para abandonar la cocina, pero su padrastro la miró fijamente y ella se sintió intimidada, agachó parcialmente la cabeza y ayudó a su madre a recoger la mesa.

Cuando, a la mañana siguiente, Alondra se dirigía a la cocina para desayunar, su madre tenía encendida la televisión. El gato dormitaba plácidamente encima del sofá, pero al verla cruzar saltó al suelo y la niña sonrió. Su padrastro no había vuelto todavía. La noche anterior los había oído discutir en la habitación. En realidad, había pasado casi una hora desde que ella se había ido a la suya, pero había estado ordenando las estanterías y el armario y llevaba en la cama poco más de cinco minutos cuando sintió los pasos de ellos en la escalera. Alondra terminó de arreglar su estantería, sacó un póster que tenía guardado en un cajón y lo pegó detrás de la puerta, era un recuerdo de uno de esos viajes colegiales que, según decían los compañeros, te suelen cambiar la vida. «Sí, seguro», pensó la chica con sarcasmo, «cambiar la vida, como si eso fuera tan fácil. Se necesitan muchos viajes, muchos intentos, para cambiar los desarreglos del destino». La habitación parecía ahora más grande;

la chica había colocado su estantería, intencionadamente, justo en la pared que daba a la habitación de su madre. Tenía muchos libros, casi cien, algunos se los había encontrado junto al contenedor de la basura. El día que los vio sus ojos no dieron crédito, corrió de prisa y llamó a su madre para decírselo, los limpió, se entretuvo mucho en organizarlos y, desde ese día, no se sintió tan sola. Algunos eran para mayores, pero no le importó, el tiempo era lo único que no se podía controlar. Todavía no había podido leérselos todos, pues su madre, desde hacía unos años, aparecía de vez en cuando con una caja con veinte o treinta que compraba en una tienda donde vendían toda clase de mercancías usadas, como aparatos de radio, cochecitos para bebé, bicicletas, móviles, patines, deportivas y libros, una amplia y variada selección de libros que ella distribuía a veces por colores. Y no se acababan nunca, pues cuando creía que ya los tenía todos vistos, se acercaba otro día y ahí estaban, de nuevo, otros tomos perfectos, prácticamente nuevos.

Lo que no era nuevo es que su madre y el hombre que vivía con ellas discutieran, muy a menudo lo hacían, aunque —hasta ahora— tenían miramientos hacia ella, pues siempre mantenían la puerta cerrada mientras la madre le echaba en cara el fracaso tan estrepitoso con respecto a ella, a su hija, según escuchó un día Alondra a su madre, pero, por aquel entonces, la chica no comprendió, como cuando quiso llevarle un cuento escrito por ella a un escritor que hacía dos semanas que se había muerto de un ataque al corazón y Miguel, un compañero de clase, le dijo que seguramente lo había hecho adrede para no tener que leérselo.

Después de coger el vaso caliente que su madre le dejó en la mesa, la chica se asomó por la ventana para comprobar el tiempo que hacía. Todavía se veían los rastros de una pequeña llovizna caída a primera hora de la mañana. El suelo espejeaba, le gustaban los charcos, pisar encima de ellos, pues le hacían sentirse totalmente libre y protegida dentro

de sus altas botas de goma; en Galicia se sentía feliz, era una tierra que le gustaba mucho; hacía años, cuando él no estaba aún en sus vidas, había salido alguna vez con su madre y habían disfrutado de lo lindo, volviendo tarde a casa. El recuerdo la hizo sonreír y dibujó una mueca un poco divertida en su cara, después volvió a mirar por la ventana y esta vez vio las huellas de la mosca muerta y se acordó de la comida del día anterior.

Aún no había acabado el desayuno cuando su madre apareció por la puerta, cabizbaja, alicaída, y con un gran canasto lleno de ropa aún mojada, y la colocó el pelo detrás de las orejas, «así, así mejor», dijo, intentando esbozar una mísera sonrisa que su hija no se creyó ni por un segundo.

Alondra dejó la taza y salió a ayudarla, durante un instante madre e hija se observaron bajo la lluvia y la niña se fijó en sus ojos, los miró profundamente, el agua caía y la ropa, junto a ellos, se mojaba, pero no podía dejar de mirarlos, y allí, bajo esos torrentes de vida, acompasados, que caían del cielo, pudo ver en ellos las penas consumidas, las amargas gastadas, los años perdidos, diluvios de amor mal repartidos.

Alondra le dijo a su madre «¡basta!», le gritó con furia y aspereza en un coloquio mudo.

—No te comprendo.

—Te digo que basta. —Bajó la cabeza—. Es hora de irnos —le dijo bajo la lluvia.

—Tengo que recoger la ropa... antes de que llegue tu padre.

—No es mi padre, no le llames así, le odio... quisiera que se muriera. Le odio cuando te pega, cuando se mete en tu cama y le odio cuando respira.

—Pero yo... no sé lo que está pasando, no sé qué ocurrió para...

—¿Qué no sabes tú lo qué pasó? Yo te diré lo que pasó, pasó qué buscaste el amor donde no lo había, quisiste apagar

un incendio tú solita... y te quemaste, por eso te gusta la lluvia, por eso te gusta esta tierra; deja de esconderte, ¡vayámonos! Antes de que vuelva, por favor, preparemos las maletas...

La madre buscó en su bolsillo un pañuelo, pero no lo halló, entonces se limpió con el calcetín de Ramón, se lo pasó por la frente y luego por la boca y por toda la cara y la niña se lo quitó rápidamente y lo tiró al suelo. Cuando terminaron de recoger la ropa, Alondra vio a su madre a través de la puerta entreabierta del cuarto de baño; el grifo sonaba; más allá de la ventana vio cómo su padrastro llegaba y abría la puerta. Después, durante unos segundos, no se oyó nada en la casa, solo tenues pisadas que se dirigían nuevamente al tendedero y el sonido cadencioso de su madre diciendo «se cayó».

—Siempre dando explicaciones. —Sonrió el hombre mientras cogía una cerveza de la nevera.

—Aún no tengo la comida preparada para que acompañes tu... bebida.

—Qué ha pasado... ¿Y la chica?

—La chica se fue, ya no está aquí.

Un ruido extraño sonó arriba, como de pájaros.

—¡Alondraaaaaa, corre, ciérrate la puerta!

Pasos subiendo deprisa, la madre detrás, aullando.

Cuando Estela recibió el primer empujón y se limpió la sangre de la cara —décimas de segundo— pidió socorro directamente a la pared que se fundía lentamente con su nariz; pidió socorro en voz baja, tan bajito, que nadie hubiera creído que los aullidos anteriores procedían de la misma persona. Asustada y con la cara contraída, corrió hacia la terraza y gritó fuerte por la ventana.

Aún era temprano, muchos hombres se habían ido ya a trabajar, pero todavía quedaba gente por el barrio. La primera ventana que se abrió fue justo la de la esquina, la más lejana a la casa de Alondra, una señora todavía en pijama

no daba crédito a lo que estaba sucediendo. La madre de Alondra la conocía, se había cruzado con ella en un par de ocasiones y se habían mirado con cuidado, como para no entender los moratones que siempre llevaba encima. En unos segundos que transcurrieron rápido, la mujer se puso una bata y salió corriendo y llamó a la puerta; la chiquilla lloraba en la ventana y la mujer le dijo que le abriera la puerta. Luego sonó otro golpe, y después como ruido de astillas; la vecina se asustó y, sin pensárselo, fue hacia la valla y llamó al timbre.

En ese momento un pregonero apareció con su furgoneta anunciando melones y sandías; era gitano y su soniquete puso una nota de humor en la dramática escena mañanera. Por no sé qué resortes de la vida se plantó enfrente de la casa de Alondra. Ya se habían corrido las cortinas de las ventanas colindantes y el hombre creyó que podía vender algo por allí.

—Meloneeeeeeeeees, sandíaaaaaaas.

Casi al instante tres mujeres con bolsones se arrimaron a la furgoneta.

Una mujer joven, con un vestido limpio y claro, fue la primera en comprar. Cuando llegó su compañera le dio un codazo sin ningún disimulo y le susurró algo al oído.

Mientras tanto, la mujer ya había abierto la puerta, tenía la cara hinchada y un hilillo de sangre le corría por debajo de la boca.

—Ven aquí —le dijo a Alondra—, coge tu mochila y vete, que vas a llegar tarde, yo me ocupo.

Al hombre, al principio, no lo vio, luego apareció de pronto y le pidió que se calmara, que ya estaba bien.

El pregonero vendedor se percató, en ese instante, de la escena, ayudado, cómo no, de los comentarios, ya altos y sin decoro, que hacían las vecinas que se habían aproximado al puesto. Tan solo miró la casa y desvió la mirada como con reparo y volvió a posar sus ojos en la balanza.

—Meloneeeeees, sandíaaaaas —repitió otra vez, pero nadie vino, todas las ventanas estaban abiertas, incluso algunas mujeres se asomaban sin reparo a ellas, pero ninguna se movía—. Me cago en tus muertos, cabrón, nadie comprará por tu culpa —dijo, encendiéndose un cigarro y apoyándose junto a la caja, casi vacía, del dinero.

Alondra llegó a la puerta del instituto cinco minutos después de comenzadas las clases. Había tenido que correr y, con todo y eso, no le había dado tiempo de llegar a su hora. Llevaba los zapatos mojados y tenía frío. Su aspecto era deplorable; el pelo, aunque se lo había cepillado, parecía un manojo bajo la coleta azul. Se sentía abochornada, humillada, tristemente decaída, pero al tocar la puerta de su clase el semblante le cambió por completo, incluso parecía otra muchacha distinta. Cogió sitio cerca de la puerta por la que había entrado, y se puso al lado de un muchacho que tenía el pelo casi tan largo como ella. Durante unos instantes se sintió bien, más relajada que de costumbre, lo peor ya vendría luego, pensó; ahora lo que de verdad le importaba era haber hecho correctamente los ejercicios que la maestra de ciencias había mandado a principio de semana y que habían estado corrigiendo durante los últimos días.

Se rascó el brazo, lo tenía un poco rojo; se estiró la chaqueta y luego observó a su alrededor. La estaban mirando, pudo notarlo sin apenas fijarse, pero intentó disimular y desvió los ojos hacia la pizarra y, ante ella, lo demás le pareció secundario y sin importancia. Fue después de un rato que se dio cuenta del chico, también la miraba como los demás, pero de otro modo; entonces el maestro comprendió y se preguntó qué le parecería a esa chica tan absorta en sus quehaceres compartir algo de sus pensamientos sacándola a la pizarra, o tal vez no.

—Alondra. ¿Te importa salir a la pizarra?

Todos miraron, levantaron los ojos del cuaderno y se quedaron observando fijamente a la chica.

Y ella se levantó y se dirigió con paso lento hacia el maestro. Luego cogió la tiza y empezó a garabatear sobre el encerado.

El profesor sonreía para sí, la corrigió en un punto y la dejó seguir. Era una chica que hablaba poco, incluso parecía en muchas ocasiones abstraída, pero siempre se lo sabía casi todo, incluso se enfadaba consigo misma cuando la corregían, pero nunca se alteraba y siempre sonreía dulcemente.

Parecía que la mediocridad le asustara, y era cierto, le asustaba casi tanto como su padrastro; le producía tanto pavor que había hecho un escudo con su inteligencia y con su tesón. Pensaba que si trabajaba duro tendría la suficiente fortaleza como para que no le afectaran los asquerosos problemas que tenía en su casa.

Alondra siguió escribiendo en la pizarra mientras sus pensamientos divagaban.

«Por qué tenía que morir el protagonista, con lo guapo que es, bueno, lo guapo que era, yo espero que no muera, a lo mejor hay sorpresa y al final no muere, ojalá, me están mirando, lo sé, me pica el brazo, venga, cómo se hacía esto, ya casi no me acuerdo, a ver, piensa, piensa, a mi madre le gusta la peli, la vio el día anterior a su boda, fue al videoclub y la cogió, antes se había leído el libro, la crónica de... olvídате del libro, de la peli, del prota, venga, cómo era, acuérdate, ya está, ya me acuerdo, sí, así, venga, ya está, qué bien, este chico también es muy guapo, me gusta su mirada, no sé qué quieren los demás, espero tenerlo bien, un ruido, alguien habla, ¿me dicen a mí? Sí, creo que sí, es el profe, venga, deja de pensar en las musarañas, ya, ya está, gracias me dice, que me siente».

El frío pasaba por las rendijas de la ventana, Alondra se enfundó la chaqueta y se sintió satisfecha; todavía quedaban unas cuantas clases, volvió a mirar hacia la ventana

y se topó con la mirada del chico. Sus ojos resplandecían de satisfacción, el muchacho le sonrió un poco, como para que nadie notara que su sonrisa iba dirigida especialmente a ella. Luego terminaron de corregir los ejercicios y el timbre sonó justo cuando el profesor depositaba la tiza debajo de la pizarra.

La chica se encaminó hacia afuera, pero esta vez Nacho la acompañó, se puso tan cerca que su brazo podía coger su mano perfectamente, aunque no lo hizo, claro, solo se limitó a colocarse cerca de ella y a sentir que ya había dado el primer paso, uf, madre mía, se dijo mientras bajaban las escaleras hacia el aula de dibujo. Los demás les siguieron con la mirada; cuchicheaban, pero a Alondra ya le daba lo mismo, ya se había acostumbrado y pensó que ya no podían hacerle ningún daño.

Entonces ocurrió algo imprevisto, una de las chicas de la clase se colocó al otro lado de Alondra y le dijo «hola»; se paró un poco, obligando por la cortesía a que lo hicieran ellos también; Nacho no sabía lo que hacer y las miraba alternativamente a ver si alguna decía algo, pero ninguna se atrevía a hablar y entonces fue él el que tuvo que amueblar el silencio con alguna de sus paridas.

—No llegaremos a tiempo de coger los pinceles si nos quedamos aquí... con este dialogo tan apasionante que ya lo quisieran para sí los del Equipo A, je, je. —No hay risas, solo una media sonrisa en Alondra y la correspondiente mueca de gracia de la otra chica.

Entonces ya sí empieza el diálogo de una manera más fluida y se hablan como si se conocieran de toda la vida, «venga», dice la morena, «tiene razón, llegaremos tarde», y corren por los pasillos, y los regañan, aunque no mucho, y se van riendo, pero bien, sin maldad.

Cuando llegan a la clase intentan ponerse juntos, pero no hay huecos libres y solo pueden sentarse en la parte de atrás, junto a los vagos. Alondra se coloca al lado de una de

las ventanas, otra vez sola, aunque más contenta ahora.

De vez en cuando los mira, pero no puede dejar de pensar en otras cosas; se suceden, vertiginosos, los recuerdos de hace tan solo unas horas, se vuelve a rascar el brazo, rojo ahora como un tomate y con un pequeño hematoma, se baja la chaqueta corriendo.

El dibujo no le gusta mucho, así que saca rápidamente la carpeta para ponerse manos a la obra y así acabar cuanto antes. Lo tiene todo, los pinceles cuidadosamente envueltos en papel Albal, el vaso para limpiar las brochas, el papel grueso para apoyar la tinta y los colores, y los va colocando cuidadosamente en la parte superior del pupitre. Y ya está a punto de sacar el blog cuando alguien llama a la puerta, «que salga, sí, es importante», y ya sabe, sin saberlo, que es para ella y por eso vuelve a colocar, despacio, los objetos nuevamente en la mochila.

El hospital es bonito, es blanco, y las ventanas le dan un aire futurista que, lógicamente, no es muy cálido, pero hay que reconocer que tiene un aspecto limpio, como si fuera nuevo. Alondra ve a lo lejos al médico, lo reconoce, se observan mutuamente y ella ve cómo él se va acercando con los papeles en la mano, pero sin mirarla; «el médico no quiere mirar», piensa, y ella se asusta, luego traga un poco de saliva y ya la mira directamente a los ojos. Alondra no quiere comprender esa mirada y se acuerda de sus dos nuevos amigos y piensa que todo va a salir bien, aunque en el fondo de su corazón sabe que no, que va a ser como otras veces, que nunca va a poder llevar la vida que ella quiere, sabe que le va a tocar ser protagonista de una historia muy triste, y agacha la cabeza para no mirar, y se pone a prepararse para lo peor.

—Alondra, no sé cómo decirte... su madre está aquí otra vez.

—Lo sé, me lo acaban de decir, me han traído del instituto, todavía no han acabado las clases.

—Tu madre no puede hablar contigo ahora, mira, aquí hay una persona que tiene que decirte algo, tranquila, no te va a pasar nada, y tu madre se pondrá bien, y ya no tendréis que vivir nunca con ese animal.

—¡Quiero ver a mi madre, lléveme con ella, quiero ver a mi madre!

El médico miró a la enfermera que había detrás del pequeño cubículo que hacía las veces de mostrador, y la mujer salió rápidamente y la tomó por los hombros.

—Que no quiero que me toque nadie, yo solo quiero que venga mi madre, estoy harta, no quiero que nadie me toque.

El guardia que estaba al final del pasillo vino corriendo cuando oyó que la discusión subía rápidamente de tono; miró al médico y también a la enfermera, que se había colocado de espaldas a la niña, aunque se la veía llorando, reflejada en el cristal de la puerta. Las lágrimas se escurrían por su cara, nubarrones negros pendían de sus ojos de rímel corrido por el líquido acuoso que le salía de ellos, pensó la mujer que no se tenía que haber pintado, pero quién le iba a decir a ella, a las 7 y media de la mañana, que tendría que ver a una niña prácticamente de la edad de la suya en semejante estado porque el capullo de su padrastro había decidido tan de mañana pegar a su mujer hasta casi arrancarle la cabeza. «Bendito sea el Señor», pensaba el guardia mientras sujetaba con toda la delicadeza de la que era capaz a Alondra, mientras la muchacha forcejeaba con toda la furia y la rabia acumulada de años y le mordía casi sin saber que sus mordiscos iban al cielo de los desprotegidos. Pensó Gregorio que iba a ser muy difícil volver a amueblar la cabeza de esa niña tan bonita y educada, que parecía un ángel a punto de morirse por las esquinas de una vida tan prontamente marchita.